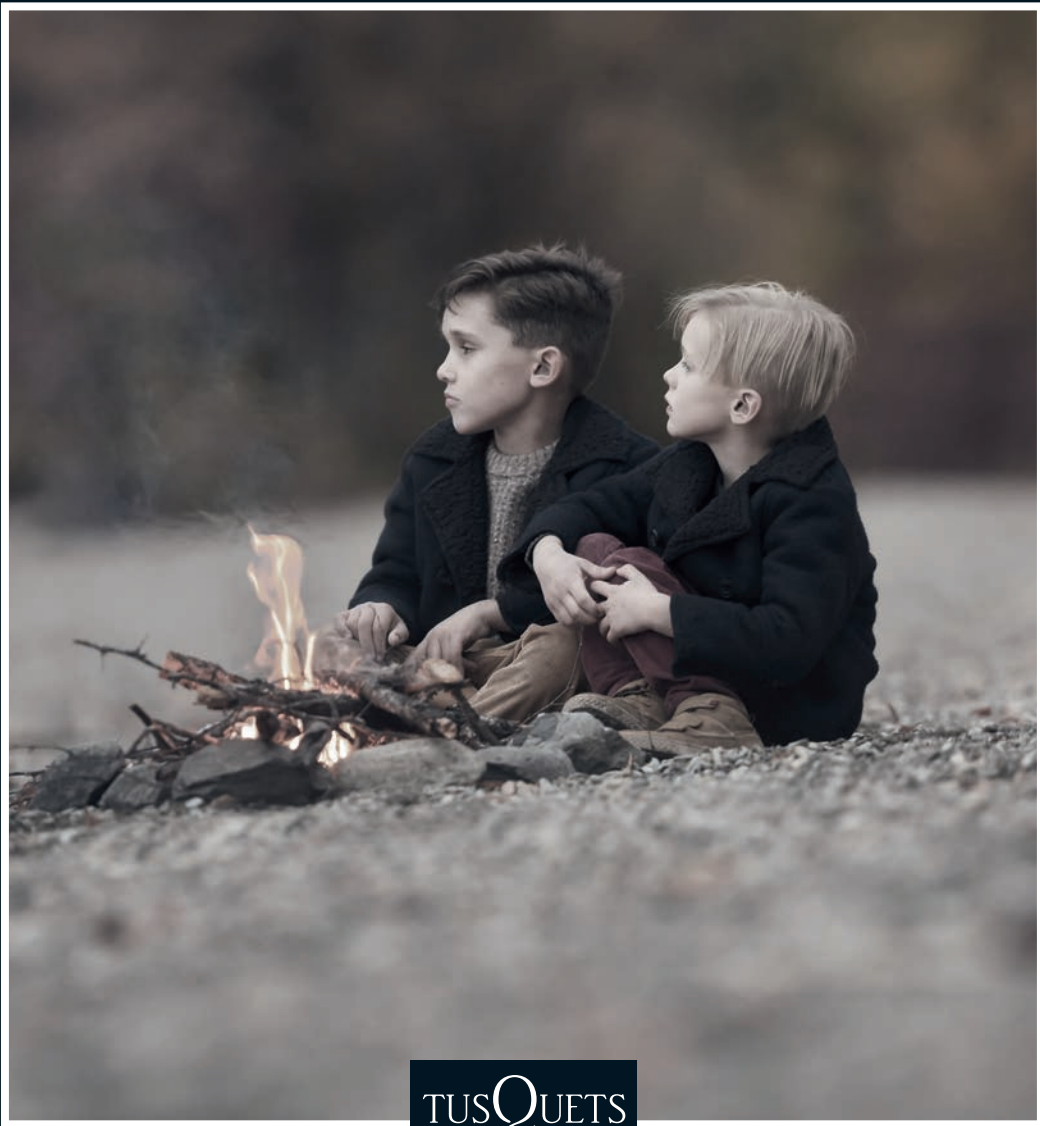


Luis Landero

EL HUERTO DE EMERSON

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LUIS LANDERO
EL HUERTO DE EMERSON

TUSQUETS
EDITORES

1.^a edición: febrero de 2021

© Luis Landero, 2021

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-848-1
Depósito legal: B. 295-2021
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

1. Tiempo de vendimia	11
2. El viento en la vela	21
3. Un hombre sin oficio	31
4. Donde Pache	55
5. El niño y el sabio	69
6. Un noviazgo	89
7. Iluminaciones	103
8. Hombres y mujeres	129
9. Plegaria	145
10. El Madrid de entonces	159
11. El viejo marino	171
12. Mar desde el huerto	179
13. Cuando éramos tan guapos	193
14. Imposturas	205
15. Días de invierno	225

1 Tiempo de vendimia

Tengo un cuaderno nuevo y no sé en qué gastarlo. Es invierno, ya ha oscurecido, hace mucho frío y afuera resuena el temporal. Yo me he arriado a este cuaderno como el mendigo al calorillo de la lumbre. Por el momento no sé qué escribir, es cierto, pero eso importa poco. Cuando uno no sabe qué escribir, cuando la imaginación flaquea, cuando el alma se apaga y se embrutecen los sentidos, y cuando aun así uno siente la necesidad de escribir, siempre queda la posibilidad de abandonarse a los recuerdos. En nuestro pasado está todo cuanto necesitamos para encender el fuego de la inspiración. Hasta la fantasía tiene su casa en la memoria. No escribas lo que sientes, escribe lo que recuerdas y dirás la verdad, como decía no recuerdo quién. Así que no hay más que salir a pasear por el bosque del tiempo ya vivido,

sin otro rumbo que el azar. No buscas nada, no vas a ningún sitio. Y sin embargo de vez en cuando encuentras una seta, un lazo del pelo, un nido de perdiz. Una moneda de oro. Todo, todo está en el fardo de la vida. Recojamos, pues, nuestros propios despojos como el mejor botín ganado en buena guerra.

Pero ocurre que yo he contado ya casi todo mi pasado. Casi toda mi vida está ya vendimiada. Vendimié mi infancia y mi adolescencia, fui enamorado y guitarrista, y esos años también los vendimié, vendimié mi estancia en París, a mi padre lo he vendimiado qué sé yo la de veces, y a las bellas muchachas de mi pueblo y mi barrio, y mi vida de profesor y de escritor y de lector, y muchas cosas más, porque a veces da la sensación de que la vida es breve, sí, pero en cambio la memoria de lo vivido no se acaba nunca.

En esa vendimia han entrado también, cómo no, los libros que he leído y he incorporado al torrente de mi sangre, y que, ya leídos, son libros vividos, y que por tanto forman parte de mis experiencias personales e intransferibles. Lo que miro, lo que me cuentan, lo que siento, lo que leo y lo que escucho, todo eso y más va a parar a las alforjas sin fondo de la memoria, que todo lo guar-

da y todo le conviene, y donde el olvido va luego seleccionando, depurando, quitando y poniendo, cocinándolo a su gusto según una alquimia que solo ellos, el olvido y la memoria, conocen, y que nadie ha conseguido descubrir aún.

Siempre he encontrado en mi pasado la chispa de la imaginación para idear personajes e historias que son ajenos ya a mi vida, que son pura invención, y que sin embargo han brotado de la tierra siempre fértil de la memoria. Porque el viaje al pasado tiene mucho de mágico, y en sus remotos y azarosos parajes habitan sin duda las sirenas, la tierra de Jauja, El Dorado, la posibilidad cierta del unicornio, y todas las maravillas que existen en lo más hondo de nuestro corazón, pero que se quedaron sin vivir. No otra cosa hace Alonso Quijano sino ir en busca de un tiempo donde —según leyendas autorizadas por el corazón y legitimadas por la nostalgia de su pérdida— hubo prodigios a diario, aventuras sin cuento, sueños realizados, nobles valores que sucumbieron al azote de los malandrines y gigantes, que es tanto como decir de la vulgar e injusta y odiosa realidad. Contra las indigencias de la realidad va don Quijote, y a la busca del tiempo perdido.

Pero quizá el jardín de mi memoria se ha marchitado ya, como dice un personaje de Pamuk, y ya no me queda sino hacer como aquellas mujeres que iban a la rebusca de espigas, uvas o aceitunas después de la recolección. A rebañar las sobras del banquete. Pero no: basta ponerse en marcha e iniciar la aventura para comprobar que la memoria, como la imaginación, es un pozo sin fondo. Y eso es lo que quiero hacer en mi cuaderno nuevo, salir a los caminos en busca de prodigios. Siempre he planeado mucho mis libros, pero esta vez quiero que el libro se vaya haciendo solo, y que él solo vaya tomando la forma que mejor le parezca. No pensar demasiado sino dejarse llevar por el fluir de la escritura. Ya se encargará la lengua, con su infinita fantasía, de rejuvenecer tus viejas viñas. Al calor de las palabras, todo de pronto parece nuevo y recién inventado. Así ha sido siempre. Por mucho que ideas y que imagines y proyectos, hasta que no está escrito no sabes de verdad lo que has ideado, imaginado y proyectado. No sé cómo engarzaré los lances y episodios que vayan surgiendo en el camino: la escritura me lo dirá. A veces el quiebro de una frase vale más que la luminosa geometría de un algoritmo narrativo.

Confía en el lenguaje, me digo, ese sutil ejército capaz de descubrir y conquistar las más ignotas tierras, de hacer reales y tangibles hasta los mismos espejismos. Deja que las palabras fluyan, no las obligues ni aún menos las maltrates, haz con maña y dulzura tu oficio de pastor, y deja que ellas busquen los mejores pastos, que hagan sonar sus esquilas a su ritmo y manera. Tú cuida solo de que no se desmanden. Guíalas y déjate guiar por ellas, porque eres su pastor y también su sirviente.

Qué bien se desliza la pluma por mi cuaderno nuevo. Qué gusto da escribir, qué alegría, notar el llenor de las palabras, los viejos sonos de su música, el gozo casi físico que uno siente cuando consigue convocar en unas líneas a los cinco sentidos, o cuando alcanza el sencillo y extremado arte de la precisión, de un solo tiro abatir limpiamente la pieza. La lascivia de la exactitud. Cuando parece que la palabra quiere comerle el terreno a la cosa. ¿Y cómo se logra eso, darle a la palabra esa textura física? Gran misterio es este. Porque no se trata de abundancia verbal. Yo he sentido más y mejor ese placer estético y esa voluptuosidad de las palabras leyendo la desnuda y exacta prosa del Lazarillo que la de autores opulentos,

de una exuberancia que parece hecha expresamente para llenar y saturar los sentidos del lector. No hay quizá mayor logro literario que conseguir que un sustantivo adquiriera toda la mágica potencia que tuvo en sus orígenes.

Pero aunque nada es más deplorable en estas artes que la imprecisión, nada es más grato al mismo tiempo que perderse en divagaciones, como Montaigne o como Shakespeare, o burlar a la razón con sus propias armas, tramitando las más disparatadas fantasías en la más impecable factura sintáctica, con una expresión tan razonable y tan rotunda, tan ilusoriamente exacta, que nada puede oponerse a la fatalidad de su rigor. Kafka, por ejemplo, que con su lenguaje clásico, preciso e impenetrable —tal Buster Keaton haciendo locuras con su cara de póquer—, y uniendo y confundiendo así lo lógico y lo absurdo, nos cuenta las más inquietantes pesadillas del humano existir, inventando de paso un modo de humor desconocido hasta esas fechas. Cuando el fondo va por un lado y la forma por otra, nos sale la risa agria e infantil propia de nuestra época. Qué inmenso poder tiene el lenguaje, creador de realidades que, cuando fraguan, resultan más fuertes y perdurables que la propia realidad objetiva. Qué belleza

y qué horror puede haber en cada palabra que uno piensa o pronuncia o escribe.

Sí, es un gusto escribir. Uno se siente como niño con cuaderno nuevo. Un gusto y un vértigo. Alguna vez que he hablado con aspirantes a escritores, les he dicho que escribir un libro es la cosa más natural del mundo. Creedme. Basta levantarse una mañana con ganas de hacerlo, fe ciega en uno mismo y amor innegociable a la libertad, porque la voluntad, la fe y la libertad nos harán fuertes y audaces, y con eso ya tenemos andado un trecho del camino. Si por casualidad nos topamos con un espejo, nos miraremos en él y diremos: «Ese soy yo», y adoptaremos la pose clásica del forzudo de circo, para ver hasta qué punto somos ridículos y hasta qué punto vigorosos. Luego llegará sin duda hasta nosotros un canto de sirenas invitándonos a posponer la escritura y a sumarnos al festín de la vida. Las escucharemos, por qué no, y con el eco del cántico en la oreja sacaremos un folio, nos sentaremos ante él, nos rodearemos de los útiles propios de nuestro oficio, nos concentraremos en algo concreto, elevaremos nuestra plegaria al señor de la invención y la gramática y esperaremos a que llegue la inspiración, que casi siempre acaba llegando por el lado de lo con-

creto. En ese trance, hay que olvidarse de todo cuanto hemos escrito y leído antes. Pasa como con los amores, que siempre son de estreno. Lo mismo ahora: todo está por decir. Nuestro propio pasado también es hoy de estreno. Y ahí seguiremos, profundamente ensimismados, hasta lograr escribir una buena primera frase. Y ahora sí, ahora ya podemos respirar hondo y resoplar satisfechos, ufanos, porque, como quien dice, el libro ya está hecho.

El resto es tozudez y maña. Extraes un hilo de la primera frase, tiras de él y tejes la segunda, soplas sobre las ascuas de la segunda y con esa pequeña candela enciendes la tercera, luego tomas una palabra de la tercera, la frotas, a ver qué sale, por si fuese una palabra mágica y escondiera un genio en su interior, a la cuarta le pones alas y la echas a volar, y en cuanto a la quinta, a lo mejor esa llega sola, despistada, como caída de un guindo, o bien se presenta voluntaria, y hasta es posible que venga acompañada de otra, y así, poco a poco, puede ocurrir que, como las moscas a la carroña, acudan de pronto muchas más, muchísimas más, y ese es un momento peligroso, como si se nos mete un virus en el ordenador o nos vuelven a cantar las sirenas, y entonces habrá que po-

ner orden, sacar el látigo y expulsar del templo a tanto fariseo, y ese es también otro momento de gozo, porque cuando uno empieza a tachar es que la cosa marcha, hay un rumbo, hay un criterio, y no digamos si luego te atascas y no sabes qué hacer, no se te ocurre nada, sufres, te obsesionas, estás a punto ya de abandonar, pero tu tozudez te anima a persistir y a seguir empujando la piedra monte arriba: ahora ya puedes decir que eres un escritor de verdad, logres o no tu intento.

Escribo ahora en mi cuaderno: «El arte habla en el lenguaje ingenuo e infantil de la intuición, no en el abstracto y serio de la reflexión». Esto lo dice Schopenhauer, y así quisiera escribir yo, con el asombro del niño para el que todo en el mundo está por descubrir y por decir, pero también con la experiencia, las habilidades y la sabiduría que me han dado los años. Quiero que el niño y el sabio, la cigarra y la hormiga, escriban a compás. Y si he de escribir filosofando, que nunca la razón cante más alto que el corazón: a dúo, siempre a dúo. Y me acuerdo de Heródoto, que en su Libro I cuenta que los antiguos persas discutían los asuntos más importantes en estado de embriaguez, y al día siguiente volvían a discutirlos en estado de sobriedad, o al revés. Si en ambos casos

estaban de acuerdo, cerraban el trato, y si no, renunciaban a él. No de otra forma me gustaría escribir a mí en este cuaderno, pero no ebrio unas veces y otras sobrio, sino ambas cosas a la vez. En fin, eso que desde siempre, a falta de mejor palabra, hemos llamado inspiración.